

Brian F. CONNAUGHTON: *Dimensiones de la identidad patriótica. Religión, política y regiones en México. Siglo XIX*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Miguel Ángel Porrúa, 2001, «Biblioteca de Signos, 8», 252 pp. ISBN 970-70-1123-8

¿Qué pensar de los primeros 50 años de la vida independiente de México? Don Justo Sierra, en su intento por dar racionalidad a un desarrollo histórico que pensó bajo el signo de la evolución y el liberalismo, calificó aquel aciago tiempo como “época de anarquía”. Su sentencia fue una lápida. Casi un siglo después, François-Xavier Guerra lanzó un reclamo contra el olvido al cual se había condenado a aquellos años de nuestra historia. El reclamo se ha recogido, cierto, pero no con la urgencia que el historiador francés le diera, si bien nuevas caracterizaciones se han intentado. Por mencionar dos ejemplos significativos, Charles Hale le ha pensado como el tiempo de un liberalismo ascendente al estilo de José María Luis Mora, o bien Enrique Krauze bajo el signo de los caudillos. Como fuere, hoy podemos afirmar que se trató del periodo formativo del Estado nacional mexicano que requirió, como mínimos, de la validación de su soberanía entre propios y extraños, dar cuerpo y estructura al Estado, conformar un proyecto económico viable. Y no menos importante, la imperiosa necesidad de crear un conjunto de ideas y creencias, según comprendiera estos conceptos Ortega y Gasset, que dieran identidad, espíritu y cuerpo a la nación. En este último particular Brian Connaughton tiene una palabra importante que decir con el texto que aquí reseñamos.

Desde la perspectiva de una historiografía orientada a la reconstrucción de las ideas, Connaughton nos propone comprender aquellos años como un largo y sinuoso camino en el cual convergen, se dicen y contradicen muchas y diversas voces, una pluralidad de expresiones cuyos afanes dieron cuerpo a la idea de nación. Entre todas esas voces nuestro autor destaca aquellas —así, en plural— de la Iglesia católica.

Para construir su propuesta Connaughton acude a fuentes eclesiásticas de primer orden, particularmente un tipo de documento poco usado por los historiadores como lo es el sermón cívico patriótico. Se trata de una pieza retórica que alcanzó su máxima expresión en la primera mitad del siglo XIX, y que tiene la virtud de regalarnos la voz del sector intelectual de la clerecía al momento de comunicarse con la feligresía desde el púlpito y,

posteriormente, en forma impresa. En otras palabras, la columna vertebral de la propuesta de Connaughton se construye con el documento en el cual podemos apreciar las ideas y en mucho, también, las creencias de una comunidad eclesial en busca de diálogo y discusión.

Sobre la base de un buen trabajo de crítica documental, Brian Connaughton traza su propia ruta y la sigue metódica, casi religiosamente. Primero, adopta un enfoque comparativo y regional, principalmente entre las iglesias de Puebla y Jalisco, sin dejar a un lado a Oaxaca, articulando así el debate en torno a la nación, su formación, su razón de ser, su destino; segundo, comprende la Iglesia en toda su complejidad, es decir, como una institución marcada por la diversidad dentro de la cual la idea de México emerge entre las discusiones que sostienen los jerarcas, la clerecía media y la feligresía, y tercero, considera en todo momento la relación de la Iglesia con la sociedad a la cual pertenece, lo mismo que aquella tortuosa que sostiene con un Estado del cual no termina de desprenderse, pero al cual tampoco pretende seguir unida, por lo menos en los términos que le marcara el regalismo borbónico y sus herederos.

Sobre estas bases Brian Connaughton da cuenta del proceso de construcción del discurso de identidad nacional desde el punto de vista de la Iglesia católica de México. Una institución en cuyo seno se desarrolla un intenso debate que abarca desde la apertura a la ilustración y al liberalismo de la Iglesia de Guadalajara, hasta el prudente conservadurismo poblano. Debate en el cual la frontera entre lo cívico y lo religioso se desdibuja, que cuestiona y redefine la relación de la clerecía entre sí y con la feligresía, que pone en el crisol la relación de la Iglesia con la sociedad y el naciente Estado de corte liberal. Un conjunto de voces que convergen en la propuesta de México como nación católica y guadalupana que, al tiempo de estar abierta a la modernidad se declara fiel a sus tradiciones y en virtud de lo cual la divina providencia le depara un futuro glorioso en el concierto de las naciones. Un discurso que, decantado y destilado por la crisis vivida en el segundo tercio del siglo XIX, veremos lucir ya desarrollado, muchos años después, en los sermones y festividades de la Coronación de la Virgen de Guadalupe de 1895.

Brian Connaughton nos invita a reflexionar sobre una serie de aspectos que son a un tiempo sorpresas y propuestas sobre las cuales avanzar en el estudio de la formación de la identidad del México independiente. Las sorpresas van a contrapelo de la ver-

sión "oficial" de la historia nacional. En este sentido, nuestro autor descubre un pensamiento dinámico y propositivo entre las filas del catolicismo que desdibuja la imagen de una Iglesia monolítica, a la defensiva, preocupada más por conservar privilegios que por acudir al debate de la formación nacional. En la misma lógica y contra la costumbre tan propia de la historiografía mexicana de igualar conservadores, centralistas y católicos, se revela una propuesta federativa por parte de no pocos sectores de catolicismo, un hallazgo del todo consistente con la posterior creación de las diversas provincias eclesiásticas de la República Mexicana a partir de 1863, y con la creación de la diócesis y estado de Colima en el último tramo del siglo, por el reclamo de su propia ciudadanía. Y no puede dejar de sorprendernos constatar que fueron los sectores clericales de herencia "regalista" quienes más dificultades presentaron a la Iglesia en la búsqueda de su lugar dentro de las nuevas formaciones social y estatal, toda vez que pretendían sujetarla a una relación obligada con el Estado ahora nacional. Sorpresas que son toda una invitación a dejar de ver la discusión del tiempo a través del vetusto lente de los enfrentamientos entre el liberal don Melchor Ocampo y el clericalista obispo de Michoacán don Clemente de Jesús Munguía, discusión que, hoy nos queda más claro, no fue ni la mejor ni la más representativa de su tiempo. En todo caso, la más publicitada por el liberalismo triunfante michoacano. Junto a las sorpresas, que son más de las aquí enumeradas, están las propuestas.

Las investigaciones de Brian Connaughton impactan, en primer lugar, la historia de la Iglesia en México al mostrar el debate que en su seno generó el paso de su realidad monárquica y patronal, a otra en que se redefine su identidad como mexicana y, por lo mismo, en proceso de reconstruir sus lazos con la sociedad y con Roma. No menos importante es la reflexión que el autor realiza sobre la formación del Estado nacional desde el complejo mosaico de sus múltiples regiones y voces, ubicando en sus justos términos el debate en la construcción de la identidad mexicana, que supera con mucho el enfoque tradicional que contrapone a liberales y conservadores en pugna por el ser de la nación, cual si ésta hubiera estado ontológicamente definida desde el principio de los tiempos, cual herencia que esperara el tiempo oportuno de hacerse efectiva. Por otro lado, Connaughton nos invita a dejar a un lado los prejuicios anticlericales que tanto daño hacen a nuestra historiografía, para ubicar la institución en toda su complejidad y ante su aporte indiscutible a la formación de la identi-

dad nacional. Un aporte que nos permite comprender, en mucho, el liberalismo conservador de don Justo Sierra y la construcción de su secularizada “religión de la patria”, con sus héroes a modo de santos, sus monumentos a modo de santuarios y su calendario patriótico con sus liturgias civiles.

Más allá de su materia específica, la obra de Connaughton es importante para avanzar en un terreno inexplorado de la historia mexicana y que apunta a un central debate de nuestros días. Me refiero a la historia de los derechos humanos en México cuya tradición, es necesario decirlo, es mucho más que la epopeya de los misioneros evangelizadores y sus aliados indígenas, por muy importante que ésta haya sido. Connaughton reconstruye, tal vez sin proponérselo explícitamente, la discusión que en los hechos y las ideas se desarrolló también en el seno de la Iglesia católica en torno al paso de los vasallos de la Nueva España a los ciudadanos mexicanos, un debate consustancial a toda formación estatal moderna. Discusión que es clave para comprender las transformaciones que se dieron en el terreno de la protección de la persona humana, es decir, de la relación que en el terreno de la justicia y las libertades se verificó entre la dominación estatal —ahora liberal— y el ser humano a ella sujeto.

En suma, por su método, fuentes, enfoque, frescura y aporte, estamos ante una obra de avanzada que nos abre camino hacia una visión dinámica de la primera mitad del siglo XIX y la formación de la identidad de la nación. Una construcción producto del debate entre sectores y regiones del cual participó, en calidad de protagonista, la Iglesia católica en su proceso de convertirse, ella misma, en una institución plenamente mexicana sin dejar de ser por ello católica y romana.

Jorge E. TRASLOSHEROS
Tecnológico de Monterrey
Campus Ciudad de México

Daniela GLEIZER SALZMAN: *México frente a la inmigración de refugiados judíos: 1934-1940*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia-Fundación Cultural Eduardo Cohen, 2000, 202 pp. ISBN 970-18-5074-2

La publicación de este libro ha sido posible gracias al Instituto Nacional de Antropología e Historia, que le otorgó el Premio Cla-